

Sobre la esperanza*

Hasta donde he tenido que ver con la poesía como algo envuelto en las transformaciones de la mentalidad, es todo aquello que estaríamos tentados de denominar como *Zeitgeist*, aunque nadie es capaz de definirlo. Pero ahora voy a formular una sencilla pregunta: ¿Qué pasa si el lamento tan ampliamente extendido en la poesía de hoy prueba ser una respuesta profética a la situación sin esperanzas en la que se ha encontrado la humanidad? En ese caso, la poesía podría haber probado una vez más que es más consciente que el término medio de los ciudadanos, o bien que sencillamente intensifica lo que está siempre presente pero velado en la mente de las gentes.

En el siglo XIX, la convicción acerca de la decadencia e inminente caída de la civilización occidental, fue expresada primero en el pensamiento ruso; y en este aspecto Dostoievsky no es una excepción. La misma creencia apareció pronto en Europa Occidental. La revista parisina *Le Décadent* decía en 1886: «No tendría sentido concebir el estado de decadencia que hemos alcanzado. La religión, las costumbres, la justicia; todo tiende hacia la decadencia». Lo que se llamó decadencia se convirtió pronto en un movimiento y en una moda entre los bohemios, igual que sucedió con el existencialismo unas pocas décadas más tarde. Hacia el 1900, asimismo, la serena ciencia-ficción de Jules Verne fue reemplazada por las ominosas predicciones de catástrofes o del dominio de las máquinas que eluden el control humano. La palabra eslava *robot* pasó el uso común en varias lenguas como «robot», una invención del escritor checo Karel Capek.

La tecnología, como tema para la ciencia-ficción, adquirió también, imperceptiblemente, un matiz político, elaborando imágenes de una sociedad futura desesperanzada. Quizá una despedida al optimismo decimonónico se produce ya en *The Time Machine* (1895) de H. G. Wells, en tanto que nuestro siglo crea novelas sobre los sistemas totalitarios del mañana, como en *We*, de Yevgeny Zamyatin (1926); *Brave New World* (1932) de Aldous Huxley y *1984* (1948) de George Orwell. Sobre los mismos pasos podrían colocarse dos novelas de Stanislaw Ignacy Witkiewicz, que son poco conocidas en Occidente: *Adiós al otoño* (1927) e *Insaciabilidad* (1930; publicada en inglés, *Insatiability*, en 1937). Esta literatura de anticipación corresponde a una universal

* «Sobre la esperanza» es el sexto y último capítulo del libro Testimonio de la poesía. Los cinco capítulos anteriores aparecieron en los números 420, 425, 428, 442 y 443 de esta Revista. Hoy, al entregar al lector el final del libro de Czeslaw Milosz, Premio Nobel de Literatura en 1980, CUADERNOS HISPANOAMERICANOS desea hacer pública su gratitud al gran poeta polaco y a la Harvard University Press (Cambridge, Londres), quienes generosamente nos autorizaron la traducción al idioma español y la publicación de Testimonio de la poesía. Quede, pues, por nuestra parte, el testimonio de la alegría que nos ha deparado el poder compartir este libro con nuestros lectores. (Redacción.)

y casi obsesiva preocupación por el futuro, que es incomprensible por grandes que sean los cambios en el entorno inmediato del individuo en el curso de una sola vida. Sentimos, de nuevo, «l'accélération de l'histoire».

Resulta interesante reflejar en qué extensión ciertas predicciones de los escritores se han cumplido. Dostoievsky, en apariencia, sólo escribía sobre sus contemporáneos. Dijo una vez: «Todo depende del siglo XX», y trató de adivinar qué sería del hombre para ese entonces, precisamente lo que hizo su adversario Chernyshevsky, a quien Lenin iba a elegir como maestro. Dostoievsky, como vemos ahora, merece por entero el título de profeta, incluso si sólo fuese el autor de *Los poseídos*. Sin embargo, al leerlo, nos parece descubrir las limitaciones de toda profecía. Tales profecías, probablemente, se asemejan siempre a una columna tipográfica que se ha torcido, de modo que cada línea está cambiada de sitio y la secuencia de frases se rompe; o para utilizar otra comparación, se parecen a una serie de espejos donde es difícil distinguir la realidad de la ilusión. Es decir, todas las secuencias de datos están allí, correctamente previstas, sólo que sus relaciones y proporciones están alteradas. O sea que el futuro siempre se ve como a través de un espejo, oscuramente.

¿También deberíamos otorgar el título de profeta, digamos, a un «decadente» de los últimos años del siglo XIX, que lee a Dostoievsky y a Nietzsche, admira a Schopenhauer y buscó remedio al aburrimiento y la futilidad soñando con el Nirvana? Si elige el suicidio (una ocurrencia no poco frecuente) los hechos que pronto ocurren pueden suministrar alguna justificación a un acto semejante. Todavía no hemos abarcado del todo lo que significó para Europa el año de 1914, y cuán violentamente las escalas de su destino allí se inclinaron. La poesía pesimista que escribieron los decadentes podía encarnar, así, el futuro cifrado y visto oscuramente. Lo que ahora sucede es siempre un poco distinto de nuestras expectativas conscientes o inconscientes, pero ese «poco» revela una divergencia radical. Muchas cosas han sucedido desde esa época para que la perspectiva mental del 1900 no resulte completamente extraña para nosotros, aún cuando reconozcamos que los problemas que atormentaban a los decadentes estaban bien fundados.

Más tarde, cuando la I Guerra Mundial no parecía más que un cruel episodio en la historia de Europa, se hizo un intento para cultivar cierto mito que demostró tener corta vida y que hoy está olvidado. Fue el mito del Soldado Desconocido. Se depositaron coronas sobre su tumba y se escribieron muchos poemas sobre el tema. Por un momento, el mito probó ser de utilidad para los movimientos —bastante fuertes— de los pacifistas de varios países; aliados a la izquierda política, prepararon inconscientemente el terreno para las victorias de los dictadores. En 1920, el mismo poeta podía ser con frecuencia el autor de poemas sobre el Soldado Desconocido y sobre el gas mostaza. Por eso hay que recordar que la próxima guerra fue imaginada como la guerra del gas venenoso y que la Yperita, o gas mostaza, que se empleó al final de la I Guerra Mundial en Ypres, se convirtió en un símbolo, similar al de la bomba atómica más tarde. Aquí de nuevo, las profecías demuestran no ser del todo correctas. Cuando estalló la guerra siguiente, sus horrores fueron de una clase nunca vista por nadie. Pero ninguna de las partes usó el gas en el campo de batalla.

Se podría hacer un catálogo de los ominosos pronósticos que ahora aparecen, tanto

en la ciencia ficción como en la poesía. En vista de la atmósfera conducente a la apropiación de temas y a la incierta naturaleza de la profecía, deberíamos tratar estas ansiedades con una dosis de sospecha. Esto no significa que una sabia apreciación de la situación del hombre a finales del siglo XX pueda resultar particularmente tranquilizante. Y ya que un poeta, como he dicho, debe ser fiel a la realidad, evaluándola con un sentido de la jerarquía, no me desviaré del tema si dirijo mi atención por un momento a materias que preocupan a políticos y economistas.

Estamos en el camino que lleva a la unificación de nuestro planeta. En los tiempos que corren, esa unificación es fruto de la ciencia y de la tecnología, que son las mismas en todas partes. Este es el resultado de la victoria de una única civilización, la que surgió en la pequeña península de Europa. Gracias a las discusiones de sus teólogos, esta civilización desarrolló el mecanismo del pensamiento abstracto, que fue aplicado posteriormente a los descubrimientos científicos. Dominó y casi destruyó a las civilizaciones más estáticas, encerradas en sí mismas. Una variedad de invenciones técnicas, desde armas hasta automóviles, transistores y televisión, fueron los medios de conquista y, con las mismas características, sus exponentes filosóficos. Al mismo tiempo, la península europea exportó sus crisis internas, primordialmente la crisis de la forma política, a todo el planeta. La revolución científico-tecnológica tuvo lugar dentro del mismo sistema de monarquías gobernadas por reyes cuya autoridad emanaba de la sanción divina y esto presupuso una estructura vertical: lo divino arriba, lo humano debajo. Un cambio radical ocurrió cuando la fuente de la autoridad se trasladó al pueblo, a una «voluntad general» expresada en el voto. El modelo, tomado por Rousseau de las asambleas de toda la población en los pequeños cantones suizos, demostró ser más y más abstracto cuando se aplicó a países con muchos millones de habitantes, y tan pronto como los métodos para influir en la opinión pública comenzaron a ganar en complejidad. Si en el siglo XIX parecía que todo se inclinaba hacia la democracia, el siglo XX trajo con él una serie de defectos. La democracia mostró poca habilidad para extenderse más allá de su área original, la península europea occidental y Norteamérica. Más aún: los habitantes de los países con sistemas democráticos, en su mayoría, están afectados por una falta de fe en la validez de la democracia y en la posibilidad de defenderla contra las intrusiones de un sistema totalitario agresivo.

El sistema, también, hace derivar el lenguaje que usa para cantar sus propias loas a la noción de la voluntad general, modificando en consecuencia la noción misma. Los dirigentes aparecen como una encarnación de la voluntad general, la cual, si se deja abandonada a sí misma, podría ignorar sus propios y verdaderos deseos. Uno de los rasgos del totalitarismo, que a menudo cita Karl Marx, consiste en tratar a la población como a niños a los que no se debe dejar jugar con cerillas, es decir, expresar su opinión en elecciones libres. Sin embargo, se preservan las elecciones ficticias, y esto nos recuerda el origen europeo occidental del rival de la democracia. Como es natural, el conflicto se disimula con la redistribución de la riqueza, la primordial tarea social. La discusión real, de todos modos, se refiere a la fuente de autoridad.

Nuestro planeta es pequeño, y su unificación en un estado global es plausible. Puede lograrse, por ejemplo, con una conquista. La guerra atómica es una posibilidad, aunque quizá no mayor que el uso del gas venenoso en la II Guerra Mundial, y hoy día los